

Vencida por tantas emociones, por tantos temores, falta de fuerzas, se dejó caer de rodillas á los pies del Marqués, y elevó hacia él sus manos unidas y suplicantes.

—¡Oh, señor!—exclamó;—¡si ha tenido usted madre, si amaba á la mujer que le dió su hija, por su memoria le pido que me devuelva á mis pobres é inocentes hijos! ¡Yo no quiero matar á Irene, no! ¡Yo la he cuidado, yo la amo casi lo mismo que si fuera también hija mía! ¡Ella será la hermana de mis niños! ¡Jamás se separará de mi lado, y Miguel y yo la serviremos de padres!

Calló la Condesa ahogada por el llanto.

Sus dos hijos, comprendiendo en medio de su tierna edad lo angustioso de aquella situación, suspendieron también el llanto y los gritos, y el pequeño Félix unió sus manos, y dijo mirando á Río-Santo:

—¡No hagas llorar á mamá!

Entretanto la puerta crujía é iba ya á ceder; Lucía y Catalina unían sus gritos á los golpes que descargaban los criados, y la perdición del Marqués parecía inminente.

Todo se debía esperar del valor de la decisión de Juan y de Francisco, y era seguro que sólo hollando los cadáveres de los dos sería como podría llevarse el Marqués á los hijos de sus señores.

Pero, ¡ay!, demasiado conocía la Condesa el temple de aquella alma feroz. Ella se dijo que aquel hombre no vacilaría un instante en sacrificar á su

venganza la vida de cuantos hubiera en la casa, y se dijo que sólo el amor paternal podría salvar á sus inocentes hijos.

Inspirada por este pensamiento, se acercó á la cuna donde Irene se hallaba casi desmayada de terror, la tomó en sus brazos, y la hizo arrodillar delante de su padre.

—¡Hija mía!—la dijo:—¡ruega á tu padre que tenga piedad de mí!

La niña levantó su peregrina cabeza, abatida por un profundo pesar como el lirio se abate ante la tempestad; fijó en su padre sus grandes ojos oscuros, con una expresión en que entraba por mucho el terror, y le dijo con voz oprimida:

—¡Señor, vuélvame usted á mis hermanos!

—¡Por qué no le dices padre, hija mía?—exclamó la Condesa, que sólo confiaba en aquella niña.

—¡No es mi padre!—respondió Irene.—¡No es mi padre, porque te maltrata y te hizo caer, y te hace llorar!

El furor iluminó la mirada sombría de Río-Santo, y Hortensia, perdida ya su última esperanza, no pudo articular una sola palabra, y sostuvo á Irene, que se estrechaba contra ella.

—¡Mata á esta niña, Hortensia!—dijo el Marqués.—Más dichosa sería ahora su muerte, que lo será la amarga vida que la espera.

Río-Santo no pudo decir más, porque la puerta cayó hecha pedazos, y los dos criados aparecieron armados de dos palancas; no había sido me-

nester menos para violentar la barra de hierro que el Marqués había corrido por dentro, y que, á imitación de todos los pueblos de Andalucía, sujetaba la puerta.

Río-Santo dejó caer su capa, y estrechó á los dos niños contra su robusto pecho con uno solo de sus brazos; con la otra mano sacó dos pistolas; sostuvo la una con la mano perteneciente al brazo en que sujetaba á los niños, y amartilló la otra con la derecha que le quedaba libre, preparándose á vender muy cara su vida.

—¡Señor, por Dios!—exclamó la anciana Catalina, precipitándose despavorida en la estancia.— ¡Que va usted á comprometer mi casa!; ¡que va usted á perderme! ¡Salga al momento de aquí!

—¡Ahora mismo!—respondió el Marqués.— Haga usted que me dejen paso, buena mujer; no busco de modo alguno comprometer á usted.

—¡Este es un francés!—dijo Juan á Francisco al oír el acento extranjero del Marqués.

—Sin duda—contestó el otro criado.

—¡Duro, pues, en él!

—¡Eso es, duro! Ya que el señor no nos ha dejado ir con él á la guerra, aprovechemos la ocasión en este extranjero.

—¡Vayamos por los fusiles!

—¡Eso, y entretanto se los lleva! ¡Sin contar con que podremos herir á los niños!

—Es verdad: cualquier cosa es buena para esos perros, con que démosle firme con éstas.

Y los dos criados enarbolaron las palancas, en tanto que Catalina y Lucía levantaban á su señora casi exánime, y la colocaban en un sillón.

Al ver la actitud amenazadora de Juan y de Francisco, Río-Santo pareció recogerse y replegarse sobre sí mismo, como hace un tigre cuando se va á arrojar sobre su presa; luego bajó la cabeza, encogió también su robusta espalda, y pasó por en medio de los dos criados, tratando de sorprenderlos con aquel brusco movimiento y de abrirse paso á viva fuerza.

Pero no era esta empresa muy fácil: las dos azadas, ó palancas, cayeron á un tiempo sobre él con una fuerza inaudita, la una sobre su espalda, y la otra sobre su brazo derecho; no obstante, ni uno ni otro golpe le hirieron: sólo un ruido metálico se dejó oír, y los dos criados, que eran soldados endurecidos en la guerra y en todos sus ardidés, comprendieron fácilmente que llevaba una cota de finísimas mallas debajo de su vestido.

Entonces los dos miraron, por un movimiento simultáneo, á la cabeza del Marqués, y volvieron á levantar sus terribles armas; pero Río-Santo, más furioso que toro acosado por sus perseguidores, se revolvió, y descerrajó un pistoletazo, que fué á dar en el pecho de Juan.

El pobre muchacho no llevaba cota, y cayó al suelo sin exhalar un gemido.

Lucía se arrojó sobre su moribundo esposo, y Francisco, al querer vengar á su compañero con

un hachazo hábilmente dirigido á la cabeza, recibió una puñalada en el costado derecho.

Río-Santo llevaba el arma oculta en la manga de su brazo derecho.

Vaciló Francisco, y el brasileño tomó en la mano derecha la pistola que aún le quedaba de reserva, oprimió á los dos niños, que no dejaban de llorar, entre sus robustos brazos, y aprovechando aquel instante de estupor, se lanzó á la escalera.

—¡Hijos míos!; ¡hijos de mi alma!—gritó la Condesa arrojándose en pos del robador.

—¡Aquí estoy, Hortensia!—dijo al pie de la escalera una voz muy conocida de todos.

—¡Miguel!—exclamó la Condesa con un grito del alma.—¡Miguel! ¡Ah! ¡Dios te envía!

Y se precipitó al encuentro de su marido, el cual, fijo é inmóvil al pie de la escalera, parecía la estatua de la venganza.

El Marqués empezó á bajarla entonces; pero su corazón, tan henchido de cólera, se oprimió al ver delante de sí á la justicia paternal.

—¡Mis hijos!—dijo el Conde con voz solemne y terrible.

El asesino permaneció inmóvil y silencioso; pero un terrible presentimiento dijo á Miguel que sus hijos iban á morir si no acudía al instante á su socorro.

En efecto, Río-Santo los ahogaba entre sus nervudos brazos.

Miguel se abalanzó á él, se inclinó casi hasta tocar el suelo, cogió las piernas del Marqués, calzadas con altas botas inglesas de montar, y le derribó al suelo.

Ninguno de los dos niños se hizo daño alguno. Miguel apoyó su rodilla sobre el pecho de su enemigo, y trató de abrir aquellos brazos fuertemente apretados.

Pero, con gran sorpresa suya, aquellos brazos se abrieron por sí mismos, y los dos niños cayeron al suelo.

Miguel se arrojó hacia ellos, y Río-Santo se puso en pie.

—¡Ahí tienes á tus hijos, Miguel!—dijo con una carcajada infernal; y se lanzó á la escalera, desapareciendo al instante en la obscuridad de la noche.

El Conde oyó el ruido de aquellos dos tiernos cuerpos al caer al suelo, y sin pensar ya en perseguir á su enemigo, se arrojó á recogerlos: en el mismo instante, Catalina y Lucía salieron con luces... Miguel levantó en alto á los dos niños... ¡Oh, espectáculo desolador! Los dos estaban inmóviles, yertos y, al parecer, sin vida.

El Conde los volvió en todas direcciones, los agitó en sus brazos, sentándose en uno de los peldaños de la escalera... Por fin, tras algunos instantes de una ansiedad tan terrible que los cabellos del desgraciado padre se pusieron blancos, sintió latir bajo su mano el corazón de Félix... El

de Víctor permaneció yerto é inmóvil... ¡Estaba muerto!

La pobre criatura no había podido resistir á la terrible presión de los brazos del Marqués. Cuando éste fué perseguido y alcanzado por Miguel, oprimió á las dos criaturas con intención de ahogarlas; cuando fué derribado en la escalera por el Conde, oprimió con una fuerza mayor aún aquellos cuerpos débiles y delicados; luego abrió los brazos y los dejó caer, bien seguro de que habían dejado de existir.

Sin embargo, sólo el más pequeño había muerto, sofocado por aquella presión homicida. Félix vivía aún, ya por la mayor robustez de su temperamento y de su edad, ya también porque el cielo había querido conservárselo á sus padres como un consuelo en medio de tantas desgracias.

## VIII

Miguel hizo un poderoso esfuerzo de voluntad para resignarse á vivir después de la terrible sacudida que había sufrido.

Comprendió entonces, por la primera vez de su vida, la posibilidad del suicidio, y aunque sus ideas religiosas se oponían á que se quitara una vida que sabía era de Dios, habría querido que Dios hubiera vuelto á tomarla, sacándole de este mundo de dolor para todos y de desesperación para él.

Otras veces pensaba en lo preciso que era para su desgraciada esposa y para aquel hijo, único que se había salvado de la muerte de un modo casi providencial.

Madre é hijo se hallaban en el más deplorable estado.

Hortensia, delicada ya de suyo, se había herido el pecho en la caída terrible que dió repelida por el brazo feroz de Río-Santo; estaba flaca y pálida como una sombra; de cuando en cuando acudía á sus labios una bocanada de sangre, y todas las tardes invadía su cuerpo aguda fiebre.

No había sido posible ocultarle el estado de su hijo mayor ni la muerte del otro; y la pobre madre no sabía más que pedir al cielo el castigo de su enemigo.

Sólo de él esperaba ya la justicia de tantos crímenes, porque en vano se había acudido á la de los hombres y á la del Rey: ni las pesquisas más exactas, ni las más activas diligencias habían podido hallar á aquel hombre, bandido, guerrero y asesino al mismo tiempo; la tierra era su patria, y él vagaba por toda su extensión arrastrando el peso de sus crímenes ó el de sus remordimientos, y quizá el de su existencia.

Félix permaneció largo tiempo entre la vida y la muerte; y sentado entre el lecho de su esposa y la cuna de su hijo, pasaba el Conde los días y las noches.

Algunas veces la madre y el hijo reposaban juntos, y entonces el Conde los contemplaba con dolorosa expresión, y lágrimas silenciosas y amargas corrían por sus mejillas.

¿Qué era en tanto de Irene?

La pobre niña vagaba como una sombra errante por la estancia, sin querer salir de ella más que para comer, en lo cual empleaba breves instantes.

El lecho de Hortensia parecía atraerla de una manera invencible: sentábase á su lado silenciosa y triste, y algunas veces, apoyando en el borde de la cuna su hermosa cabecita, quedaba dormida con profundo sueño.

Más de una vez, cuando esto sucedía, se había levantado sobre ella una mano vengadora.

Más de una vez se había preguntado Miguel por qué había de vivir bajo su techo, con seguridad y reposo, la hija del asesino de sus hijos y de su padre; pero sin duda el ángel de su guarda despertaba á Irene, que en el momento de ir á caer sobre ella el brazo sañudo del Conde, abría los ojos y los fijaba con inefable dulzura en el semblante de Miguel.

Aquella mirada era tan elocuente, que el brazo volvía á su natural posición, y dejaba caer el hierro que había sostenido.

Irene se levantaba, tomaba el cuchillo, lo volvía á poner en las manos del Conde, y sentándose de nuevo apoyaba su cabeza como antes lo estaba en el borde del lecho, y permanecía inmóvil.

El Conde traducía todos estos movimientos con estas palabras:

—¡Tienes razón para aborrecerme! ¡Hiere, que no me quejaré!

Entonces el alma de Miguel, que era ardiente, pero fuerte y altiva, se ablandaba hasta enviar el llanto á sus mejillas, y fijaba en Irene una mirada de conmiseración profunda.

Cuando Hortensia estaba despierta, era necesario sacar de la habitación á Irene: su sola vista la mataba; todo aquello que tenía relación con su enemigo, todo lo que le recordaba, la producía una sensación de dolor mortal; se deshacía en

llanto, y acababa por ser acometida de violentos paroxismos espasmódicos.

Cuando la hacían salir de la habitación, Irene obedecía silenciosa, resignada y triste; iba á sentarse en un rincón del patio, sepultaba su rostro entre sus manecitas, y allí permanecía horas enteras.

No bien el estado de Hortensia y de su hijo pudo dar alguna esperanza, dispuso Miguel su salida de aquel país; quería volver al suyo, pues aunque también encerraba para él recuerdos tristes y punzadores, sabía que aquellas crueles memorias debían perseguirle adondequiera que fuese.

Á lo que se decidió fué á pedir su retiro, pues por ninguna consideración hubiera ya consentido en separarse de su esposa y de su hijo.

Formuló, pues, su petición al Rey, fundándola en lo quebrantado de su salud y en lo quebrantado de la salud de su esposa, y le fué concedida al instante.

Hortensia pareció recobrar una parte de la salud que había perdido para siempre, para ocuparse en los preparativos del viaje; ella deseaba salir de aquellos sitios aún más que su marido; y la pobre Irene, que desde que la Condesa había dejado el lecho, había sido desterrada de su habitación, supo por Catalina que iban á partir.

—¿No lo sientes, querida mía?—la preguntó Catalina al verla silenciosa é inmóvil.

—¡Sí!—respondió la niña llevando sus dos ma-

necitas al corazón;—¡sí que lo siento, y mucho!

—¿Cómo no lloras, pues?

—¿Para qué? No me han de ver llorar, y aunque me vieran, no por eso dejarían de marcharse.

—Pero tú, que por todo lloras, ¿cómo es que ahora estás tan callada?

—Yo no sé, madrina—respondió la pobre criatura;—quisiera llorar y no puedo. ¡Tengo aquí una cosa que me aprieta, y no me lo permite!

Irene, al decir estas palabras, llevó su mano al corazón, con tan extremo é intenso sufrimiento, que la buena Catalina la abrazó llorando.

—¡Todos lloran aquí!—exclamó la niña con acento quedo y triste.—¡Allí, la señora llora por su hijo! ¡Lucía llora, vestida de negro, por Juan! ¡Tú, madrina, que antes reías tanto, lloras por mí! ¡Más quisiera morir que ver tantas lágrimas!

—¡Y entonces, hija mía, yo lloraría mucho más!—exclamó Catalina.

El ruido de un carruaje que se detenía á la puerta, cortó este dulce coloquio, tan lleno de ternura, de tristeza, de inocencia por una parte y de lealtad por otra. Irene se estremeció en los brazos de Catalina; la amargura de su pena secó sus lágrimas, y quedó derecha é inmóvil, con el oído atento y la respiración suspensa.

Catalina la puso en el suelo, y corrió á despedir á sus huéspedes, quedando la pobre niña sola con su pena y abandonada por todos.

Vió bajar primero á Hortensia apoyada en el

brazo de Miguel; luego á Félix en los brazos de Lucía, que vestía luto por la muerte de su marido y cuyas mejillas estaban llenas de lágrimas; por último, vió también bajar á Francisco, ya restablecido de su herida, que era el que debía guiar el carruaje.

Miguel y su esposa subieron al coche sin dedicar ni una sola mirada para buscar á Irene; estaban demasiado preocupados con la aflicción que les causaba la idea de dejar uno de sus hijos durmiendo el sueño eterno en el cementerio de la aldea.

Después de los dos esposos, entraron en el coche Lucía y Félix: la pobre viuda iba también absorta en su dolor; pero el niño se volvió á su madre y le preguntó con extrañeza:

—Qué, ¿no decimos adiós á Irene?

Hortensia se estremeció, como siempre que se le nombraba á aquella criatura, y respondió solamente:

—No sé dónde está, hijo mío.

—Allí, allí la veo yo—gritó Félix extendiendo su manecita hacia el lado del patio donde se hallaba la niña clavando en los viajeros su mirada profunda y triste.—Allí está Irene, mamá; yo quiero ir á darle un beso.

Hortensia separó su vista del sitio adonde la dirigía su hijo, y dijo á Lucía en voz baja:

—Lleva el niño adonde él dice.

—¡Yo acercarme á esa maldita criatura!—excla-

mó la pobre con un movimiento de terror;—¡yo, señora! ¡Jamás!

Hortensia no pudo resolverse á reconvenir á su criada: conocía demasiado todos los arcanos del dolor para no respetarlos en los demás; fijó, por el contrario, en ella una mirada de lástima, y Lucía, animada por esto, continuó:

—¡Si pudiera matar á esa criatura sólo con mirarla, señora, no viviría ya! Cuando la veo, pienso en su maldito padre sin poderlo remediar. ¡No, no! ¡No puedo acercarme á ella sin horror! ¡Y si no fuera buena cristiana no la hubiera dejado con vida al salir de aquí!

—Pon á Félix en el suelo, y él mismo irá, mi pobre Lucía—dijo la Condesa.

—Pero, señora—repuso Lucía,—¿por qué deja usted acercarse al niño á esa criatura maldecida? ¿No será capaz de ahogarlo si puede?

—No lo creo así—respondió la Condesa con una triste sonrisa;—esa desgraciada criatura me da lástima, y por otro lado no quiero dar ninguna pesadumbre á mi hijo.

Lucía obedeció, puso á Félix en el suelo, y el niño corrió hacia su compañera.

Ella permaneció inmóvil, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Adiós!—dijo Félix abrazándola.—¡Adiós, Irene! Me voy con mis papás.

—¿Adónde te vas?—preguntó la niña con voz oprimida y angustiada.

—Á San Sebastián.

—¡Qué! ¿Vive un santo donde tú vas?

—Yo no lo sé; tal vez sí, porque así le llaman.

—Y ¿será santo de los que están en el cielo?

—Sí.

—Pues entonces encárgale que me lleve pronto adonde estéis tu madre y tú, pues los santos pueden todo lo que quieren.

—Y ¿por qué no te vienes ahora?

—Porque no quieren llevarme—respondió la niña, que rompió de nuevo en sollozos.

—¿Quieres que se lo diga yo á mamá?

—¡No! ¡Es inútil!—murmuró Irene.

—¿Por qué?

—No querrán llevarme.

—¿Quién sabe? Ya sabes que mi madre me quiere mucho.

Y Félix echó á correr hacia el carruaje.

Acercóse á él, y empinándose sobre las puntas de los pies, gritó mirando á su madre:

—¡Mamá, mamá! ¡Yo quiero que venga Irene!

—Sube, hijo mío—dijo Miguel;—sube y partamos.

—¡Pues que suba también Irene!

—Eso no puede ser.

—¿Por qué? ¿Por qué no puede ser? ¡Yo no me voy sin Irene! ¡Ella también quiere venir!

Francisco, obedeciendo á una señal de su amo, tomó en sus brazos á Félix y lo pasó á los de Miguel.

El niño echó á llorar; la ira y el dolor vistieron su semblante de un arrebatado carmín, y llamó á Irene con gritos desgarradores.

La infeliz niña permaneció inmóvil y petrificada; dejóse caer de rodillas, y extendió sus bracitos hacia el coche, que arrancó al galope del brioso tronco.

El ruido del carruaje apagó los gritos de Félix, y ya había desaparecido cuando aún estaba Irene contemplando con ojos desolados la nube de polvo que había levantado en su rápida carrera.

Catalina se acercó llorando á la desgraciada criatura.

—Ven, hija mía—le dijo,—ven conmigo; yo te querré por todos. ¿Qué culpa tienes tú de nada para que tanto padezcas?

—Mira, madrina—dijo Irene levantándose con trabajo y apoyando en la pared su manecita enflaquecida, como si no pudiera sostenerse;—mira, voy á morir pronto, y quiero decirte la verdad.

—¡Vamos, hija mía, dila, dila! Desahógate. Eso deseo: que llores, que grites. ¡Me horroriza el verte así!

—No puede ser...; no puedo llorar, ¡y eso que yo también lo quisiera! Gracias que pueda decirte lo que necesito hablarte para que después me acuestes, pues no puedo tenerme de pie.

—¡Habla, habla, hija mía!

—Pues bien: oye, y prométeme que no te enfadarás por lo que te voy á decir.



—Te lo prometo.

—Yo estaba muy contenta, Catalina, al lado de esa señora, hermosa, dulce y joven, que tenía las manos blancas y finas, los ojos brillantes y el cabello rizado y negro. Tus cabellos blancos, tu cara arrugada, me ponen triste. Tú no te ríes ni cantas, y ella sí. Además, ese niño jugaba conmigo, me quería, era mi hermano, como son hermanos María y Antonio, los hijos de ese labrador de ahí al lado. Ahora todo eso bueno, dulce, hermoso, todo eso se ha ido; yo estoy sola contigo, y para siempre triste... Vendrá mi padre..., ese hombre que tiene la cara tapada siempre, y me matará también a mí, como mató al pobrecito Víctor...

—¡No te matará, pobrecita!—exclamó la anciana, que lloraba á mares.—Pues qué, ¿no estoy yo aquí para defenderte?

—También estabas tú aquí cuando mató á Víctor, y estaba su madre y su padre, ¡y le mató! Por eso quiero ahora morirme de pena, que debe ser muerte más dulce que la que dan los cuchillos que lleva mi padre.

—¡Desecha, por Dios, esas ideas, hija de mi alma!

—¿No te acuerdas del pobre Juan? ¡Oh, yo jamás olvidaré aquella triste mirada que clavó en el cielo como quejándose de la maldad de mi padre, como pidiendo á Dios que le castigase! Madrina, yo no tengo aún siete años, ¿verdad?

—Aún no, vida mía.

—Pues bien, desde aquel día yo discurro y lloro como si tuviera veinte.

—Hija mía, yo confío en Dios que te consolarás.

—Yo confío en que Dios, que sabe que siempre he sido buena y que ahora soy tan desgraciada, me llevará pronto al cielo.

Después de estas palabras, Irene volvió á caer en la meditación dolorosa que le era habitual, y no volvió á pronunciar ni una sola palabra.

En vano la buena Catalina probó á distraerla por todos los medios posibles: el dolor había hecho su presa en aquella alma vehemente y apasionada, y no era posible hacérsela soltar.

## IX

Cuatro años pasaron el Conde, la Condesa y su hija en la hermosa ciudad que había mecido su cuna, y que se ve constantemente acariciada por la blanca espuma del mar.

San Sebastián es una de las más lindas poblaciones de España con sus casas tiradas á cordel, con su playa limpia y alegre, y con sus iglesias frescas y bonitas. La Condesa pareció renacer á una nueva vida así que fijó en ella su residencia; á pesar de dormir el sueño eterno bajo aquel cielo su hijo y el padre de su marido, le parecía que era allí más dichosa de lo que podía serlo en ninguna otra parte del mundo, y que aquellas queridas sombras la protegerían contra todas las desgracias y dolores.

Su pobre hijo Víctor, tan bárbaramente asesinado por su enemigo, había ido á reunirse con su hermano y con su abuelo, y dormía en el mismo sepulcro.

Hortensia disfrutaba, por fin, de tranquilidad; era tan dichosa como podía serlo después de sus dolorosas pérdidas, y en medio de las inquietudes

que cada día la acosaban acerca de la suerte de su marido y de su hijo.

Río-Santo no solamente había envenenado el presente de la Condesa con su implacable y terrible venganza, sino que había amargado también su porvenir. La pobre víctima continuamente temblaba por los que amaba, y á cada nueva aurora se decía: «¿Nos verá reunidos y vivos la noche?»

Este temor, esta angustia de todos los instantes era insoportable; sin embargo, era forzoso sobrellevarla, y la pobre Hortensia se contentaba con rogar á Dios cada día que le conservase los objetos de su amor, y cada hora que los volviese pronto á su vista.

Tan constantes inquietudes empeoraron visiblemente su salud, que se hallaba en un estado deplorable desde la noche funesta en que, queriendo defender á sus hijos, cayó empujada por la ruda mano de Río-Santo y se hirió en el pecho; desde entonces una enfermedad mortal iba demacrándola poco á poco, y aquella dolencia, que hubiera podido aminorarse y aun desaparecer con una vida tranquila y dichosa, se exacerbó hasta hacerse mortal con sus dolorosos cuidados, con sus eternos sobresaltos.

Algunos meses después de estar en San Sebastián recibió una carta de Catalina, ó más bien del rector del pueblo, aunque dictada por la buena anciana, y que decía así:

«Señora:

»Irene se muere, y ya que es usted la única persona que se ha interesado por esta desgraciada criatura, es mi deber ponerlo en su conocimiento; lo hago también por mandato del señor cura, que es quien me escribe esta carta.

»La pobre criatura no ha podido sobrellevar la ausencia de usted y de su hijo: no duerme ni toma ningún alimento hace ya muchos días; pasa las noches delirando, y llama á usted sin cesar.

»Señora: Dios aconseja PERDONAR LAS INJURIAS, y yo le pido por su amor que perdone, ó al menos olvide, las que le ha hecho el padre de Irene, para salvar de la muerte á esta infeliz niña; yo le pido á usted que me permita llevársela, para ver si vuelve á la vida, porque se me parte el corazón de verla fallecer aquí como una flor, sin aire y sin sol; la he criado yo, y me parece que es una alhaja que Dios me confió y de la que debo darle cuenta.

»Mañana saldré de aquí con Irene, y dentro de pocos días estaremos ambas en la presencia de usted, que será nuestro juez.»

—¡Yo no quiero ver á esa criatura!—exclamó Hortensia así que acabó de leer la carta, y cubriéndose el semblante con un movimiento de profundo horror.

Pero cuando vió ante sus ojos á la desgraciada criatura, pálida, demacrada, casi moribunda, que

se arrodillaba á sus pies con las manos unidas y elevando hacia ella sus grandes ojos, no tuvo el valor necesario para despedirla.

—¡Quédate aquí, pobre ángel—la dijo levantándola en sus brazos,—y ruega todos los días para que Dios separe á tu padre de la carrera del crimen!

Desde aquel día Irene renació á la vida; pero en cambio las dolencias de la Condesa tomaron mayor incremento: parecía que aquellas dos criaturas sólo podían vivir la una á expensas de la otra, y que para que la una morase sobre la tierra, tenía la otra que subir al cielo.

Sin embargo, la Condesa se extinguía sin dolor y sin angustia, como se extingue el agua de una fuente en los áridos días del estío; la sonrisa de los mártires moraba constantemente en sus labios, pero jamás salían de ellos ni quejas ni gemidos. Algunas veces la oía su esposo andar por su aposento á pasos desiguales y rezar en alta voz: entonces entraba, estrechábala entre sus brazos y la rogaba se volviese al lecho, pues siempre era por la noche cuando tenían lugar aquellas dolorosas crisis.

—Déjame rezar, y rezar en voz alta—le respondía la Condesa;—la oración me alivia, y me parece que así me halló más cerca de Dios.

Fué preciso, por fin, acudir á los auxilios de la ciencia á pesar de la oposición de la Condesa, que se empeñaba en que nada tenía, y en que todo

aquello era sólo un poco de fiebre que pasaría pronto; pero los facultativos hicieron un gesto tal de desaliento á su simple vista, que no dejaron al pobre Miguel ninguna esperanza de salvarla.

Una noche en que éste se hallaba sentado á su cabecera, y hablándola en voz baja y cariñosa para distraerla, la Condesa se incorporó de súbito en el lecho.

Aún era hermosa á pesar de sus penas, á pesar de su dolencia; sus rasgados ojos azules eran mayores á causa de su extrema carencia de carnes; su rostro parecía de alabastro; caían sus largos cabellos negros en gruesas trenzas por su espalda, y en sus sienes y en su garganta se dibujaba el tenue tejido de sus azuladas venas, con una claridad y finura maravillosas.

Su marido la hablaba para distraerla de los hermosos días de sus amores, y hacía la esperar para lo porvenir una felicidad que él no tenía ninguna esperanza de que disfrutase.

—Miguel—repuso la Condesa tomándole la mano con una dulce sonrisa,—no me des esperanzas que no hemos de ver ni uno ni otro realizadas; yo moriré muy pronto, é iré á esperarte en el cielo.

De repente, un golpe dado en la puerta de la calle cortó la palabra á la Condesa. Miguel sintió temblar con violencia la mano que tenía entre las suyas, y vió que una expresión de inmenso dolor se pintaba en las abatidas facciones de su esposa.

—Hortensia mía, no te asustes así—la dijo ro-

deándola con sus brazos.—¿Por qué ese temor?

—¡Alguna desgracia te amenaza!—murmuró la enferma con voz ahogada.—He oído dar la una de la noche hace poco, y á esta hora sólo pueden llamar para causarnos algún nuevo dolor.

La Condesa no pudo acabar; oyéronse en las escaleras pasos pesados, ruido de espuelas, y un instante después se presentó un comisario y algunos agentes de justicia, y dijo á Miguel, que había salido á su encuentro:

—¿El señor Conde de C...?

—Yo soy—respondió Miguel.

—Dése usted preso en nombre del Rey.

Miguel elevó al cielo una mirada de desesperación; luego bajó sus ojos á la tierra, y dijo al comisario:

—Mi esposa se muere... ¿No podría ir preso después de haber recógido su último suspiro?

—Imposible, caballero—respondió el magistrado;—las órdenes que tenemos son terminantes.

—Pero, ¿de qué se me acusa?

—De traidor á la Patria y al Rey.

—¡Yo traidor!—exclamó el Conde con un arranque de generosa indignación.—¡Yo, envejecido á los cuarenta años en servicio del Monarca!

—Caballero—repuso el magistrado,—ahora que he visto á usted, respondería con mi cabeza de su inocencia; pero debo cumplir con mi deber. Abraze usted á su esposa..., y vamos.

Miguel se acercó al lecho. Hortensia estaba sen-

tada en él, pálida, desmelenada, con los ojos extraviados.

Á su lado, y en un lecho pequeño, dormía Félix; y algo más lejos estaba el que ocupaba Irene, pues la Condesa, temerosa de alguna traición de parte del Marqués, no quería separar á su hijo de su lado, é Irene no quería separarse de ninguno de los dos.

Pero ninguno de los dos niños dormía; ambos se hallaban sentados también en sus respectivos lechos, mirando aquella espantosa escena de agonia y desolación.

—¿Te vas, te vas?—exclamó la Condesa echando sus ya moribundos brazos al cuello de su marido.—¿No te dejan ni aun hasta que muera al lado tuyo?... Pero sí...—prosiguió tras una pausa.—Dios me llama ya á su seno... Dios no quiere que vuelva á quedarme sola...

La Condesa se desplomó sobre las almohadas, falta de color y de vida.

Levantaba su pecho un estertor agonizante; sus ojos, ya casi sin luz, se clavaban con ansia indescriptible en su marido, como si aquel inmenso amor que durante toda su vida le había profesado, se hubiera aumentado aún en la hora suprema de su muerte.

—¡Mi hijo..., mi hijo!—murmuró la pobre mártir.—¡Tráeme á Félix, Miguel!

El Conde puso al niño entre los brazos de su esposa; ésta le estrechó con pasión contra su pe-